

¿Y en cuál tu inocencia fundas,
Si á nada me has respondido,
Ni hay un testigo que arguya
En tu favor, cuando en contra
Testimonios se acumulan?

Ped. Entonces ¿en qué se pára
Vuestra majestad sañuda?

Pues que os estorbo en la tierra,
Abridme la sepultura.
De mí para deshaceros
No andeis de arbitrios en busca;
Decid : « *Me importa que muera,* »
Y haced que la ley se cumpla.

Rey. Basta, que esa pertinacia
Con que mi poder insultas
Y mi venganza provocas
Mi clemencia sobrepuja.

Veo la diestra falacia
Con que evitas mis preguntas
Y las cuestiones complicas
Con falsedades absurdas.
Veo que me niegas todas
Mis reconvenções justas,
Esquivándote de todas
Por no resolver ninguna.
Y en ese afán despechado
Con que mi corage azuzas,
Veo que al verte perdido
La muerte con ansia buscas.

Ped. Si, rey Don Sancho, la busco :
Que á mi dolor mas se ajusta
Que tu ingratitud odiosa
La mas deshonrada tumba.
ey. Y la tendrás.

ed. Pronto sea;
Su oscuridad no me asusta,
Que es pabellon de reposo
Para una conciencia pura.

Rey. ¡Hola...! (*Sale Melendo.*) volvedle
á su encierro.

(*Melendo le cierra.*)

Pues defenderse rehusan,
Que el cielo se lo demande
Y sus destinos se cumplan.

ESCENA V.

EL REY, LUEGO DON GARCIA.

Rey. ¡Pero qué altivo teson!
¡Oh, de ese viejo el acento
Para agravar mi tormento
Renueva mi confusion!
¡Gran Dios, si fuera posible!...
Pero no; ¿cómo podría
Caber en mi hijo Garcia
Pensamiento tan horrible?
¡Así mi pena inclemente

A tanto extremo ha llegado
Que temo hallarle culpado
Y temo hallarle inocente!

Gar. ¡Estábais aquí, señor!

Rey. Garcia, ¿tal vez la hora
Llegó ya?

Gar. Pronto la aurora
Va á alumbrar nuestro dolor.

Rey. ¡Tambien como yo padece,
Infeliz!

Gar. Sí, padre, mucho;
Y esta pena con que lucho
Por horas é instantes crece...

Rey. ¡Hijo!

Gar. De mí no soy dueño :
Y en mi ardiente frenesi...
Ya no encuentro para mí
Ni tranquilidad ni sueño.

Rey. ¿Y porqué? ¿Porque leal
A mi defensa acudiste
Y el esplendor defendiste

De mi corona real?
¿Porque afrontando el encono
De altivos conspiradores
Entregaste á los traidores
Que profanaron mi trono?

Gar. ¡Oh, callad!

Rey. Tu corazon
Con mis palabras aflijo.

Gar. Sí, sí.
Rey. El vasallo y el hijo
Cumplieron su obligacion.

Ahora ya no hay que esperar
Sino morir.

Gar. (¡Suerte impia!)

Rey. ¡Y era tu madre! Garcia,
Ven, ven conmigo á llorar.
Llora su infelice suerte,

Ya que el destino crüento
Te escogió por instrumento
De su castigo y su muerte.

Llora, y luego á sostener
Nuestra justicia te apresta,
Para cumplir lo que resta
De tu penoso deber.

Gar. ¡Mi madre!

Rey. ¡Cuánta ternura!
Gar. ¿No hallará clemencia en vos?

Rey. ¡Clemencia! téngala Dios

De mi negra desventura.

Contra su torpe malicia,

Como esposo y como rey,

Fié al brazo de la ley

Su crimen y mi justicia.

Y yo su tremendo fallo

Respetaré, porque así

La ley se respete en mí

Como en su primer vasallo.

Mas si no puedo estorbar
Su riguroso suplicio,

Y este horrible sacrificio

Es ya fuerza consumir,

No vea yo en tí, hijo mio,

Ese afán que no te deja,

Ese dolor que te aqueja

Desesperado y sombrío.

Gar. ¡Ah! consideradlo vos;

Y si ver mi alma pudiérais

Yo sé que os estremecierais.

Rey. Pon tu confianza en Dios.

Deber fué en tí, no malicia,

Y hoy para mejor probanza

Aquí sostendrá tu lanza

Tu inocencia y mi justicia.

Gar. (Si eterno este dolor es,

Ya no hay para mí existencia.)

Rey, acercándose á la cortina de la
tienda. ¡De dia ya!

Gar. (Mi conciencia
Me va arrastrando á sus piés.)

Señor...

Rey. Mira, ya veloz

El alba á raya comienza.

Gar. (De temor y de vergüenza

Ni doy aliento á mi voz.)

Rey. A Dios; voy á disponer

Que la ceremonia empiece.

Gar. Oidme...

Rey. ¡Qué te estremece!

Cumplamos nuestro deber. (Vase.)

ESCENA VI.

DON GARCIA.

¿Qué iba yo á hacer? á revelar mi infamia;

Pero ¿qué revelar pudiera yo

A quien vive en la fé de que aun abriga

Un soplo de virtud mi corazon?

¡Hijo me llama el infeliz llorando!

¡Hijo, que reino y honra le salvó...!

¿Cómo decirle al miserable viejo :

Padre, yo soy un vil calumniador?

No, me arrastra inflexible mi destino

Por la senda del mal, y á rastra voy

Cual zarza estéril que arrebató el viento,

A caer en la eterna perdicion.

Pero llegan. ¿Quién va?

ESCENA VII.

DON GARCIA, ARJONA.

Gar., al verle. ¡Tan pronto, Arjona!

Arj. Ya comienza del alba el resplandor,

Y ya el pueblo las gradas del palenque
A ocupar turbulento comenzó.

Gar. ¡Maldito quien me trajo hasta este
trance,

Maldita, sí, mi estúpida ambicion!

Arj. Ya no es hora, señor, de meditarlo,
El dia va á rayar.

Gar. Déjame, Arjona;

Siento que mi osadía me abandona.

Arj. Señor...

Gar. Vacilo, sí; no sé ocultarlo.

Aquel hombre fatal... ¡él era, él era!

Arj. Sombra de la turbada fantasia.

Gar. No, Arjona, realidad.

Arj. ¿Cómo pudiera...?

Gar. Todo ese hombre lo puede en contra
mia.

Quien del fuego voraz le puso fuera,

De las aguas tambien le sacaría.

Arj. ¡Del fuego os acordais! ¿pues no os
lo dije?

De su quinta una cava hasta la ermita

Por senda subterránea dirige :

Torras la halló, y entrándose por ella

Fué como dió con la muger.

Gar. ¡Maldita

Mi imprevision! en una y otra cita,

Allí acechéme su infernal destreza.

Arj. Mas le cuesta el acecho la cabeza.

Gar. Del secreto poder que le acompaña

Todo lo temo, Arjona; en todas partes

Mis pasos sigue su presencia estraña

Sin que le estorben puertas ni baluartes.

Todo le es familiar, todo lo encuentra

Fácil en contra mia : favorece

Todo su fuga : en el alcázar entra

Tras de mí, en las prisiones... y parece

Que sombra de mí mismo desprendida

Los instantes me cuenta de la vida :

Y si un soplo de calma me adormece,

Brota, dice : *Aquí estoy*; y en la tendida

Cavidad del espacio desaparece.

Arj. Supersticion del corazon medroso,

Don Garcia : aunque impávido y astuto

Es un hombre no mas, y de hombre á

hombre...

Gar. No me vieras por Dios irresoluto

Para emprender la lid, si solamente

De lidiar se tratara frente á frente.

Arj. Mas ¿qué de él teméis ya? del rey

vasallo,

Notorio siendo que robó el caballo

Y estando pregonada su cabeza,

No se presentará.

Gar. ¡Ven, insensato!

Si ningun defensor no se presenta

¿No ves, imbécil, que á mi madre mato?

Y es idea ¡ay de mí! que me amedrenta.

Arj. Aun la podeis salvar: si nadie acude
Sois dueño de su vida: suplicante
A Don Sancho acudid, ante ella misma...

Gar., horrorizado. ¿Yo? ¿Yo me he de
poner de ella delante
Otra vez? no, jamás...: piensas en vano:
Primero que sufrir tal agonía,
Los ojos, Lucas, con mi propia mant
Y el corazon feroz me arrancaría.

Arj. Pues aun es tiempo... Desistid co-
barde,

Desmentios; mas ved que en esa hoguera
Que del verdugo ante las plantas arde
El uno de los dos fuerza es que muera.

Gar. Sella, asesino vil, sella esa boca;
Porque tu pecho miserable abriga
Sangre de hiena y corazon de roca.

Arj. Señor, tan solo vuestro bien me
obliga,

Porque con vos me salvo ó con vos muero:
Mas perdonad, señor, que tal os diga
Ceder ahora es decir al mundo enter
Que ni valiente sois, ni caballero.

Gar. ¡Ay...!

Arj. Se dirá de vos con mengua y saña:
«Nada en tal hombre por entero cupo:
Ni crimen, ni virtud fué en él hazaña,
Ni aun ser infame sino á medias supo...»
¡Gran memoria de un príncipe de España!

Gar. Pues bien, si no me cumple esa
memoria,

Si al crimen nada mas caminar puedo,
Tal borron dejaré sobre mi historia
Que á la futura edad imponga miedo.

(Tumulto fuera.)

¿Oyes? Ya ruge el pueblo ahí agolpado
Del horrible espectáculo sediento:
Voy ¡vive Dios! á dársele colmado;
Nunca le vió mas bárbaro y sangriento.

(Suenan las trompetas.)

¡Tan pronto la señal!

Arj., asomándose á la tienda. El sol
asoma.

Gar., poseido de un vértigo. ¡Oh, in-
fierno! ¡regocijate! como esta
No han preparado tus furors fiesta
Ni en los circos idólatras de Roma.

(Trompetas.)

Voces fuera. Pregon, pregon. ¡Silencio!

Arj. Los heraldos
Ya el combate pregonan.

Gar. ¡Esto es hecho!
Cada cual ante Dios con su derecho.

Heraldo, dentro. «Oid, oid, oid, vasallos
de Don Sancho, rey de Navarra, de Aragon
y de Castilla. El buen caballero Don Garcia,

príncipe de estos reinos, ha aceptado el
combate á que en uso del derecho que las
leyes les conceden han apelado la reina
Doña Nuña y Don Pedro de Sesé, acusados
de criminal inteligencia y descubierta re-
belion. Y siendo entrambos crímenes de lesa
majestad, las leyes los condenan á la pena
del fuego, si al trasponer el sol la línea del
horizonte no se presenta caballero alguno
que quiera mantener su causa. Si esto acon-
teciere y el acusador saliera vencido, sufrirá
la misma pena en lugar de los acusados
como la ley lo dispone; si saliere vencedor
serán quemados en este mismo palenque
los acusados, con el cuerpo del caballero su
defensor, quedando desde luego condenados
á la pena capital todos los que resultaren
cómplices de su traicion. El rey ofrece asi-
mismo doscientos marcos de oro á cualquier
vasallo suyo, que asegure la persona del
traidor que estrajo de las reales caballerizas
su mejor caballo de batalla, asesinando
para ello á su guardia y palafreneros. Esta
es la justicia del rey. Vasallos del rey, aca-
tad la justicia del rey. ¡Viva Don Sancho,
rey de Navarra!»

Pueblo. ¡Viva!

Gar. ¡Qué agonía, gran Dios!
ciñeme, Arjona,

Esa fatal espada.

Y que quede á favor de esta celada
Encubierta á mi pueblo mi persona.

(Se cala la visera.)

¡Oh! estoy seguro que en mi horrible gesto
Se ve mi odioso crimen manifiesto.

Voces del pueblo. Una. Allí están. Allí
están.

Otra. Ya traen á los acusados.

Otra. ¡Quién tal pensara de tan buen ca-
ballero como Don Pedro!

Otra. Por eso mismo es mas grande su
delito.

Otra. Bien dicho. El rey les había col-
mado de beneficios.

Otra. Y le vendian mientras él conquis-
taba á los moros nuevos señoríos.

Otra. Son unos infames, les van á atar á
los postes de hierro como á los villanos.

Otras. Bien, bien.

Otras. ¡Viva la justicia del rey!

Todos. ¡Viva!

(Tumulto.)

Voces. Silencio. Silencio.

Otras. Ya bajan los jueces del campo.

Otras. Silencio. Escuchad.

Uno de los Jueces del campo. «Vasallos

del rey, oid. La hora del juicio ha llegado
ya. La liza queda abierta desde este punto;
y si al pasar el sol la línea del horizonte no
anuncian los clarines un defensor, el ver-
dugo cumplirá con su deber.»

Muchas voces. Bien, bien.

(Aplausos, ruido, etc.)

Gar. ¡Ea! ha llegado la tremenda hora.
Siento que Dios del corazon me arranca
El gérmen de su fé consoladora,

Y en las venas la sangre se me estanca.

¡Si, si, de esta diabólica contienda
Viene todo el infierno á ser testigo!

Vértigo... sed de crimen me devora.

Ea, corre los lienzos de esta tienda,

Y el infierno desde hoy sea conmigo.

(Arjona manda á los puges con una seña
que abran la tienda. Estos corren á un
tiempo la cortina partida en dos que
cierra su fondo y que cubre el teatro, y
aparece un vasto palenque cuyos anda-
mios están llenos de gente del pueblo.
En el fondo de este palenque se ve un
altar, delante de él el verdugo, que con
una tea encendida está pronto á encen-
der la leña hacinada al rededor de la
reina y de Don Pedro, que estarán
atados á dos postes de hierro y uno á
cada lado del altar. Por sobre los anda-
mios se cierra el horizonte con pinto-
rescas montañas. El sol acaba de salir
por encima de unos cerros desiguales,
y derramando sobre la escena la rosada
luz de la mañana.)

Ped. Señora, ¿no teneis otra esperanza?

¡Oh! si mi brazo fuerte todavía

Estuviera...

Reina. El de Dios á todo alcanza.

Ped. Creo que Dios tambien nos abandona.

Reina. Solo él puede apreciar nuestra
agonía,

Que, inútiles con él dolo y falsía,

Lo que castiga ve y lo que perdona.

Ped. No tengo esa virtud: soplo mundano

Me anima aún el corazon terreno,

Y voy la hiel de que le siento lleno

Sobre ellos á verter. (Al pueblo.) Pueblo

villano,

Rey infame... escuchad.

Voz en el pueblo. ¿Qué es lo que dice?

Otra. Dejadle hablar.

Otras. ¡Silencio!

(El pueblo calla despues de largo chicheo.)

Otras. Oid.

Ped. Rey fiero,

Sin fé, ni ley: el Dios á que apelamos,

Que indefensos morir nos deja infiero,

Mas ante él de tus leyes protestamos.

Ella inocente, y yo buen caballero
Al tribunal de Jesucristo vamos,
Y al inmolar me con tan vil castigo,
Rey, príncipe, villanos... yo os maldigo.

(Don Garcia se tapa la cara con las ma-
nos, exhalando un ¡ay! desesperado.)

Gar. ¡Ay!

Voces del pueblo. ¡Nos insulta! ¡muera!

Otras. ¡Muera!

Otras. ¡Muera!

(La reina demuestra voluntad de hablar.)

Voz. La reina quiere hablar.

Voces. ¡Mueran!

Otras. Oidla.

Otras. Silencio. Oid. Callad.

(Otro largo chicheo. El pueblo calla.)

Reina. Sin culpa muero:

Mas aunque Dios por causa soberana

Que indefensos morir nos deja infiero,

Yo como reina moriré, y cristiana.

Si, yo inocente, y el buen caballero,

Seremos ante Dios esta mañana;

Mas aunque me inmolaís, no os guardo

encono.

Hijo, esposo, vasallos... yo os perdono.

Pueblo. Bien, bien.

Gar. No puedo mas...

(Don Garcia pone mano á la daga. Arjona

le detiene.)

Arj. Señor, teneos.

¿Qué quereis intentar?

Gar. Morir, Arjona,

Déjame.

Arj. No.

Voces. ¡La hora se pasa!

Otras. ¡Mueran!

Otras. ¡Mueran, muera...!

Una voz. Ninguno les abona.

Culpables son, pues Dios les abandona.

Otras. Ya dan los jueces la señal...

Otras. La hoguera

Va á prender ya el verdugo.

Gar. No, no quiero:

No puede mas mi corazon de fiera.

Sálvese, si...

(Don Garcia va á salir de la tienda, en

cuyo momento suena la seña de un agudo

clarin. Don Garcia se detiene.)

Arj. ¡El clarin!

Pueblo. ¡Un caballero!

ESCENA VIII.

DICHOS, DON RAMIRO.

(Se presenta Don Ramiro armado de piés
á cabeza: el esclavo etiope, de quien
se hace mencion en los anteriores actos,

vestido á la oriental con turbante blanco y con un collar de oro en señal de esclavitud, conduce de la brida el hermoso caballo de batalla del rey Don Sancho magníficamente caparazonado y empenachado. Un page con los colores de la casa real de Navarra y Castilla trae el escudo y la lanza de Don Ramiro. Este tira un guantelete á los piés de don García y dice en alta voz :)

Ram. Aquí estoy, llego á tiempo todavía; Y os declaro á la faz del mundo entero Torpe y vil impostor, mal caballero, Calumniador infame, Don García.

Voces. ¡El caballo del rey!

Otras. Ese es el que le ha robado.

Otras. ¡Qué descaro, qué atrevimiento!

Otras. No puede combatir, no es caballero, está declarado traidor y condenado á muerte.

Otras. ¡Muera!

Otras. Si, si, que muera tambien con ellos.

Otras. ¡Prenderle, matarle!

Una. Ningun villano puede ceñirse armadura real.

Otras. ¡Muera, muera! Allá van los jueces del campo.

Todos. Bien, bien.

(Los jueces del campo con algunos soldados se dirigen hostilmente hácia Don Ramiro. Este toma rápidamente el escudo de manos del page y descolgando el hacha de armas del caparazon del caballo les hace retroceder.)

Ram. ¡Mentis! derechos tengo á esta armadura,

Yo puedo entrar con ella en la batalla.

Pueblo. ¡Muera, muera! cogedle.

Ram. Atrás, canalla.

Rey de armas. Paso al rey, paso al rey.

Rey. ¿Quién atrevido

Mi ley insulta y su delito ostenta

Y con mis propias armas se presenta?

Ram. Oídme una palabra.

Rey. Di.

Ram. Al oído.

(Don Ramiro se acerca al oído del rey. Este se estremece y volviéndose á los suyos dice:)

Rey. Atrás, señores; retiraos.

Gar. ¡Cielo!

¡Con sola una palabra... aun al rey mismo!

Ram., á Don García. Ya lo veis... á no ser por mi buen celo

Por vuestra alma, la echais en el abismo.

Rey. ¡Oh! concludid por Dios: si este se sabeis, ¿quién sois?

Ram. Señor, antes de todo

(Con calma.)

Que inocentes no sean el objeto

De la mofa del vulgo.

Rey. ¿De ese modo

Quereis...?

Ram. Que libres sean, ó en voz alta

Al vulgo vil relataré esa historia.

Rey. No, no. Libres están.

Ram. Al punto vengan,

Y en silencio escuchando se mantengan.

(El rey hace una señal, y van á traer á la reina y Sesé. La tienda se cierra como al principio del acto.)

Pues os mostrais, Don Sancho, tan celoso

De vuestro real honor que una sospecha

Mal probada por labio mentiroso

Presa tan noble á los verdugos echa,

Quiero, señor, que Doña Nuña sepa,

Antes que el duelo con mi vida acabe,

Lo que en el alma de sus jueces cabe

Cuando creen que la infamia en ella quepa.

ESCENA IX.

DICHOS; LA REINA Y SESE, A UNA SEÑA DE RAMIRO.

Ram. Ya están aquí... silencio, estadme atentos;

Vos tambien escuchadme, Don García,

Y si despues de oirme unos momentos

La espada alzais, encontrareis la mia.

(Todos escuchan con asombro y ansiedad.)

Don Ramiro domina la escena, y recita con dignidad y calma.)

Conocí una muger... su nombre Caya.

Rey. ¡Dios santo!

Ram. Es grande historia. Esta matrona,

Casada con un noble de Vizcaya,

Su sien ceñia con feudal corona.

Un mancebo... su nombre no hace al caso,

Se prendó de su garbo y hermosura;

Y ella incauta, él audaz, paso tras paso

Fueles prendiendo amor en red segura.

Él amante, altanera la matrona,

« A todo (la dijo él por ti me atrevo :

¿Quieres cambiar por otra esa corona? »

Y ella que le entendió picó en el cebo.

Una noche el baron, su noble esposo,

A manos pereció de unos bandidos :

Dolióse ella del caso lastimoso,

Mas siguieron de entonces mas unidos

Los dichosos amantes.— ¡Ay! ¿qué dicha

Es segura en la tierra? El mozo osado

Heredó á poco un reino, y por desdicha

De Caya otra muger con el reinado.

Él la aceptó, pues le traía en prenda

Otra corona mas, y aunque fingía

Falaz con Caya, al fin cayó la venda

Que el corazon amante la cubria.

Dejóla el rey, y en vez del matrimonio

Que la ofreció, del reino desterróla,

Firmándola un inútil testimonio

Para un infante que del rey quedóla.

Y esta muger errante y espatriada...

(Se interrumpe.)

Reina, Rey, Sesé. ¡Acabad!

Ram. Sucumbió

tras largo duelo,

A su hijo dando de la edad pasada

Noticia, y por el rey pidiendo al cielo.

Rey. ¡Dios mio! ¿Y aquel hijo?

Ram. Asíó una lanza

Y en Palestina y Francia aventurero

Vivió guardando siempre una esperanza

De ser al fin un noble verdadero.

Topó en Francia por fin á una condesa,

Que á otro príncipe estaba prometida,

La sedujo y huyó con la francesa,

Y aquí vinieron á pasar la vida.

Reina. Proseguid.

Ram. A favor del pergamino

Que dió el rey á su madre, pasó este hombre

Vida sin porvenir y sin destino,

Sin descubrir su origen ni su nombre.

Dió el caso, que á un traidor, que conspiraba

Por impensado azar, halló la huella,

Y como en nada este hombre se ocupaba,

Dió en seguir holgazán el rastro de ella.

Dios les puso á los dos frente por frente,

Y por dó quier se hallaban : disponia

El uno en unas ruinas plazo y gente,

Y el otro sus secretos sorprendia,

Y...

Rey, Reina, Sese. ¿Qué?

Ram. Ya en concluir

veo que tardo;

Secreto es que callárosle no debo.

(A la reina.)

Vos la ofendida sois.

(Al rey.) Vos el mancebo;

Don García el traidor ; yo el bastardo.

(Don Ramiro presenta al rey el pergamino en cuestion, hincando la rodilla en tierra.)

Rey. Sí, es mi firma. ¡Hijo mio!

(Abrazo rápido.)

Ram. Ahora, García,

Ciertos de la verdad ambos estamos;

Si me tiendes tu mano, esta es la mia;

Si en tu demanda estás al campo vamos.

Reina. Tened, tened : el dedo del destino

Manifiesto está aquí, y á la inocencia

El justiciero Dios abre camino.

Rey. Sí, perdona un error...

Reina, interrumpiendo. Que no acrimino.

Rey. Yo revoco mi bárbara sentencia.

Ram. Y yo abrazo la causa de mi hermano :

Deróguese la ley, y en su delito

Sea el único juez... Dios soberano,

(De rodillas.)

Su perdon os propongo.

Reina. Yo le admito.

(A Don García.)

Pastor tiene la Iglesia cuya mano

Tiene poder y crédito infinito

De atar y desatar... tu culpa llora,

Y de Roma no mas perdon implora.

Gar., de rodillas. ¡Madre!

Reina. Mas oye :

Don Ramiro debe

Dar la mano á tu esposa prometida,

Y en tu lugar tambien mando que lleve

Tu parte de heredad por mi traida.

Sí, pues solo él á defender se atreve

Mi calumniado honor con su honra y vida,

vea en qué precio su virtud estimo :

Mi primogénito es, le legitimo.

Rey. Acepto. Abrid, heraldos, esa tienda.

(Lo hacen, y vuelve á quedar á la vista del público el palenque, cuya arena han ocupado ya los villanos, que contenidos por los soldados forman un numeroso grupo al rededor de la tienda.)

Pues mis armas vistió ya es caballero :

Pregonadlo á mi pueblo y que esto entienda.

Yo le doy mi caballo : que altanero

Sobre él las calles cruce; de la rienda

Le lleven reyes de armas, y que atienda

Navarra á que es su príncipe heredero.

(Clarines y atabales en señal de pregon, y algo lejos tumulto, vivas. Truen mas al centro de la escena el caballo de Don Sancho. El pueblo se agolpa en rededor.)

Rey, á Don Ramiro. Ea, á caballo tú.

Reina, á Don García. Tú,

escolta toma

Y á implorar parte tu perdon de Roma.

Gar., con afan y pronto á partir. Sí,

partiré; mas á la vuelta mia

Si traigo, madre, un corazon sincero,

¿Puedo esperar de vos...?

Ram., interrumpiéndole y atajando á la reina, que va á responder. Sí,

Don García;

Yo tras tí quedo; vé, y en mi fé fla:
Buen hermano seré, buen caballero.

(Don Ramiro y Don García se dan la mano, y este parte por la izquierda seguido de Arjona, que se habrá confundido con la multitud durante la anterior escena. Don Ramiro monta á caballo, alejándose todos en tumulto aclamándole. Los reyes de armas de pie sobre los andamios del palenque y tremolando los pendones de Castilla, Navarra y Aragon, gritan cada cual á su correspondiente turno.)

(El que tiene el pendon de Castilla dice:)

¡Viva la reina de Castilla!

Pueblo. ¡Viva!

(El que tiene el de Navarra dice:)

¡Viva el rey don Sancho de Navarra!

Pueblo. ¡Viva!

(El que tiene el de Aragon dice:)

¡Viva el príncipe Don Ramiro, rey de Aragon!

Pueblo. ¡Viva!

(Los villanos aplauden, tiran por alto los birretes, etc., etc. Tumuldo. Cae el telon.)

LA MEJOR RAZON, LA ESPADA,

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA SOBRE UNA DE MORETO.

PERSONAS.

DON PEDRO DE PANTOJA, jóven soldado.
DON DIEGO DE GAMBOA, mercader.
DON LOPE, letrado, padre de Doña Juana.
Doña ANGELA, su prima.

GUIJARRO, gracioso, y criado de Pantoja.
LEONOR, criada de Doña Juana.
UN ESCRIBANO.
UN ALGUACIL.
ARJONA.
EL DUQUE DE ARCOS.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Don Lope. Puertas á izquierda y derecha. Reja en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR; GUIJARRO, ENTRANDO.

Guij. ¿Estás sola?

Leon. Sí.

Guij. ¿No hay miedo?

Leon. No; mas despáchate aprisa, No vuelva el amo de misa Y nos coja en el enredo.

Guij. ¿Y tu ama?

Leon. En su cuarto está, Llorando su desventura.

Guij. ¿Pues qué nuevo mal la apura?

Leon. Que ha dado á Don Lope ya El duque de Arcos licencia Para poder desde luego Desposarla con Don Diego.

Guij. ¡Qué dices! Eso es demencia.

Leon. La purísima verdad

Es lo que digo á fé mia.

Guij. Pásela por tal tu tia, Que para mí es necedad.

¿Mas no la podremos ver?

Leon. Es imposible, que sienta

Que de uno en otro momento

Debe su padre volver.

Y es fuerza que esta mañana

Se lo advierta á tu señor.

Guij. Pues ten por cierto, Leonor,

Que te echa por la ventana:

Porque Pantoja, mi dueño,

Como sabes, es un hombre

Del demonio, y danle el nombre

De Satanás el pequeño;

Y no le dijera yo

Eso que me dices tú

Por la plata del Perú.

Leon. ¡Lindo mándria! ¿Y porqué no?

Yo tengo cierto papel

Que le escribe Doña Juana.

Guij. Hablaras para mañana;

Si lo tienes, dígalo él. (Le da un papel.)

Leon. Y á mi tambien me han tratado,

Guijarro, otro casamiento.

Guij. Siempre estimaré tu aumento.

¿Ese de Don Diego el criado?

Leon. Ese mismo; pero yo

Solo á mi Guijarro quiero,

Y con él casarme espero.

Guij. Con la frente ¿porqué no?

¿Yo casarme? Estás en tí?

Leon. ¿Pues no te vendrá muy ancho?